

LA BARRERA Y EL CANTE

Cantares...

Cantando la pena, la pena se olvida.

M. Machado

Estoy convencido de que no todo tiempo pasado fue mejor. Cuando Jorge Manrique lo afirma en las coplas a la muerte de su padre, se está refiriendo al fenómeno físico, al hecho de que el transcurso de los días consume, deteriora y, por fin, destruye a la persona, con todas las implicaciones psíquicas que ello comporta. Desde esa perspectiva, sí que todo lo anterior, todo lo vivido -el pasado- siempre fue mejor. Cuando se acumulan los años, bastantes años, y desde ellos se mira atrás el camino recorrido, se da uno cuenta de cómo han disminuido las fuerzas, de cómo aquel proyecto vital que éramos, sugestivo e ilusionante, ha quedado, en el mejor de los casos, inconcluso, pues nunca alcanzamos a terminar lo deseado; y, por contra, el futuro se avizora desvaído, débil, sin horizonte, inquietantemente corto.

No ocurre así con las colectividades, es decir, los pueblos. Por fortuna ellos tienen la facultad, como conjuntos, de que los individuos de que están formados se renuevan y sustituyen, al tiempo que heredan y asimilan las conquistas de los desaparecidos, lo que les permite, en teoría, un progreso indefinido. Tampoco tiene por qué suceder en el "habitat", en el pueblo o ciudad propiamente dichos; el hombre actúa en ellos y sobre ellos, evitando el deterioro, obligado por el crecimiento demográfico, por las nuevas tecnologías y, en especial, por las crecientes y diversas necesidades que él mismo se va creando. Así, cuando queremos darnos cuenta, observamos que la fisonomía, la imagen del lugar, ha cambiado de manera casi vertiginosa y, con frecuencia, en nada se asemeja al que conocimos en un ayer no muy distante; otras veces, en cambio, lo vemos remozado, pero conservando sus peculiaridades y caracteres propios, originarios. No ha perdido nada de sus singularidades, de lo que le hacía distinto a cualquier otro.

Todo este preámbulo viene a cuento de que me parece a mí, contra el criterio de muchos, que ese rincón de la Barrera, tan admirado y tan nuestro, ha ganado con los cambios realizados en él durante los últimos años. Si observamos viejas fotografías, esas rancias y pálidas fotografías del primer tercio del siglo, su aspecto de entonces, sin duda típico, era pobre, sucio, con feos y desangelados edificios; al compararlo con el marco actual, creo yo, y respeto opiniones adversas, sin perder gracia y tipismo, ha adquirido vistosidad, atractivo; le ha ocurrido como a la beldad desaliñada que, cuando se acicala con cuidado y viste el atuendo dominguero o de feria, nos deja sorprendidos, perplejos, ante la belleza que muestra y que nos pasó desapercibida. Y si, a esta nueva imagen, le añadimos la que actualmente tienen los aledaños de El Carmen, que no dejan de ser una continuación de la propia plaza, el conjunto ha mejorado de forma espectacular, sin merma de su autenticidad.

La Barrera tiene, además, una notoriedad relevante por su destacado protagonismo en el cante de la tierra: el fandango. Y es que el marco se presta a la inspiración poética. La fuente con su incesante murmullo, adormecedor en las siestas del ardiente estío, refrescante, con solo el sonido, en las noches de insomnio sudoroso, y lugar de encuentro, antaño, de enamorados que, mientras las mozas, casaderas o no, llenaban cántaros y botijos con agua para la casa, hallaban ocasión propicia allí para intercambiar mensajes amorosos o fugaces y discretos contactos, burlando la aparente severidad materna. Y la cruz, grácil, elevada, presidiendo la plaza como símbolo de fe y prueba de la creencia en otro mundo, compensador de este en el que vivimos, con frecuencia tan lleno de fatigas, sufrimientos y llantos.

Pero, ¿qué es lo que nos impulsa a cantar? ¿Qué incontrolado mecanismo psíquico se

dispara y nos hace expresar la alegría o el dolor por medio del canto ? Sería interesante bucear por el alma hasta encontrar los escondidos resortes que, mientras corren las lágrimas - de gozo o de angustia, da igual- , hacen vibrar la voz en jubiloso grito o triste lamento. Y para el caso, vale igual hacerlo personalmente o escuchar, con un nudo en la garganta y el corazón encogido. El alma colectiva de los pueblos también se comporta de manera semejante y siente la necesidad, incontenible, de expresar sus sentimientos, sus angustias, sus deseos mediante la canción; crea, así, personales formas de cantar, tan diversas y varias como varios y diversos son los grupos humanos. En nuestro caso, el "fandango de Lucena" es una especie de bien comunal, para uso de todos y que todos pueden utilizar, sin mas limitación que las de sus propias facultades.

Manuel Machado, extraordinario poeta, un poco disminuido por la gigantesca estatura de su hermano y oscurecido un mucho por rencorosas manipulaciones ajenas a la poesía, en el fragmento que inicia estas páginas, nos da la clave de una las motivaciones del pueblo para cantar: olvidar sus penas arrastradas, tal vez, a lo largo de siglos de sufrimientos y baldíos esfuerzos; pero también, no hay que olvidarlo, se canta de alegría, a impulsos de la felicidad desbordante y hasta por afán de desquite, por vengativo deseo de ridiculizar al antagonista. El fandango lucentino, dúctil como el oro puro, se presta a todo este abanico de sentimientos: lo mismo sirve para implorar los favores de la desdeñosa beldad que nos quita el sueño, que para satirizar al competidor ; igual se transforma en pícaro libelo propagador de oscuras intimidaciones, que en espléndida pieza lírica portadora de la ofrenda de nuestro mas puro e inagotable amor a la Virgen de Araceli... La variedad del mensaje es posible por el indefinible matiz que a la voz, simple amplificador, le envía el corazón mediante maravillosa corriente, que unas veces será crítico, corrosivo y otras, las mas, expresión estremecida de la irresistible atracción, del encantador desasosiego que suscitan Carmen, Lola, Ana María...

En el abierto espacio de la plaza, en noche cálida, bajo la mágica luz de una luna llena, las notas del fandango vuelan por el aire a la búsqueda de alguien que, quizá, aguarda emocionada, trémula, vibrando de ansiedad, el sonoro requiebro del enamorado ausente.

Cantares...

En ellos, el alma del alma se vierte.